Terror en El Salvador
A Short Story

Charlie Alfred Flowers

Abres los ojos y te encuentras en medio de una profunda oscuridad. Los antiguos temores humanos a la muy negra penumbra hacen que un escalofrío nocturno invernal recorra tu cuerpo y llegue hasta los tuétanos de tus huesos. Te esfuerzas por ver, tratas de enfocar tu mente en algo, alguien, pero sigues hundida en la noche más oscura que hayas visto jamás. En medio del terror, de la nada, aparece un tornado de objetos volando al redor de tu ser. !En tu misma habitación¡

Mientras tanto, este siniestro frio continúa penetrando en lo profundo de tu ser. Se repite, el terror como escalofrío que recorre tu cuerpo que lucha por liberarse…lucha por gritar en búsqueda de ayuda. Es el terror nocturno, una lucha banal que te atrapa. En tu misero desamparo, te encuentras abandonada, en la oscuridad del terror absoluto, por lo cual, ni siquiera puedes mascullar, musitar el más leve sonido gutural que te libere al ponerte en contacto con cualquier ser que venga a tu rescate.

££££

Le temo mucho a los desastres naturales, pero hay tres que en particular me dan mucha preocupación: las avalanchas, los deslizamientos de tierra y los terremotos. El público cuando piensa en avalanchas, piensa en inmensas cantidades de nieve cayendo desde montañas enormes; cuantiosas cantidades de nieve, deslizándose y arrastrando rocas, tierra y escombros de la naturaleza como troncos pesados y toda la fauna y flora que encuentre en su camino. Aquí en el trópico, lo que tenemos son deslizamientos de tierra igual de fatales y de las mismas características, desgraciadamente. En particular en esta región, hay cadenas volcánicas y precipitaciones abundantes de lluvia durante el invierno, es cuando suele llover mucho y fuerte, es cuando los pluviómetros, nos advierten del peligro inminente en muchos lugares dónde la acumulación de agua en las montañas son una conjugación amenazadora para la población. Es cuando las condiciones ideales para los deslaves, ocurren, así como el de Nejapa, el 29 de octubre del 2020, en las faldas del volcán de San Salvador o como ocurrido el 19 de septiembre de 1982 en Montebello, colonia ubicada a las faldas del mismo Volcán. También, para los que somos personas de mediana edad o ya adultos, si nos trasladamos al 2001, seremos capaces de recordar el famoso deslave de las Colinas en Santa Tecla causado por el segundo terremoto del mismo año.

En las avalanchas tropicales, las perdidas de vida toman una sombría vitalidad que despoja a todos los cadáveres de su dignidad: la fuerza de la naturaleza se muestra inmisericorde y, así regresa a nuestros seres amados en cuerpos enlodados, desfigurados, desnudos, en suma, con sus esperanzas deshechas, por no decir con las esperanzas descuartizadas. Es mi temor, como reportera, cubrir estos eventos.



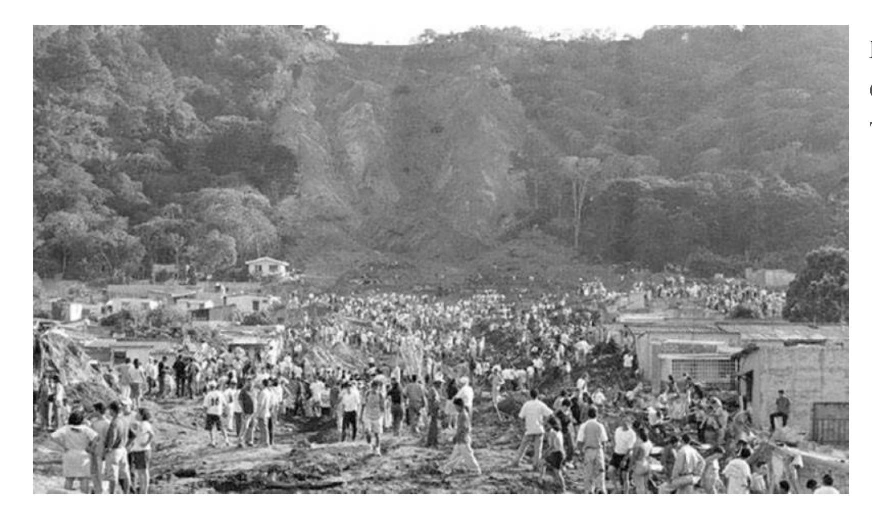
Deslave en la colonia Montebello, 1982. Foto EDH/ Archivo.

A los tsunamis, también, les guardo mucho respeto, les temo porque son para mí otras formas de deslaves de tierra que son arrojados no por una montaña sino por el mismo mar sobre pueblos costeros. Es la única diferencia, aunque nunca he visto uno de esos desplazamientos, sé por la TV, que son tan o más mortales que los deslaves de tierra. Espero, nunca, tener que cubrir uno de esos eventos tampoco, o mejor dicho espero no tener que escribir un artículo noticioso al respecto como reportera de la Gaceta de Hoy.

Natalia había cubierto toda clase de acontecimientos en las distintas ciudades. Con su equipo visitaban lugares, observaban acontecimientos, preguntaban y, luego, trataba de explicarlos y describirlos en sus reportajes informativos. “La notica no espera, y requiere de mucho esfuerzo y sacrificio.” razonaba, Natalia.

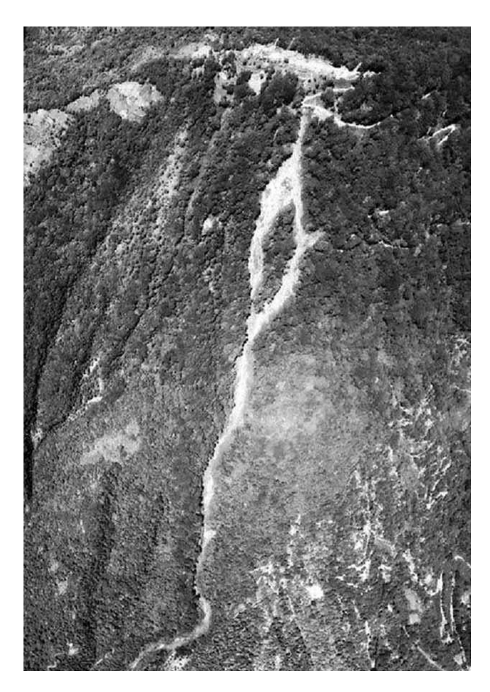
£££££

Desde el aíre, en el helicóptero podían ver el desolado paisaje, la región estaba desbastada y el pueblo, desaparecido. ¿Dónde estaban las antiguas casas coloniales, los edificios, la iglesia y sobre todo la gente? También, el ayuntamiento y la plaza estaban desaparecidas, sólo se observaban restos muy difíciles de distinguir en la avalancha de lodo que como manta mortuoria cubría toda la población. Ahora sólo había un enorme cinturón café que desde la cumbre del volcán bajaba hasta el pueblo donde como mancha sobresalía en la escena de la región. Lo que quedaba era un valle semicubierto por la tragedia a la luz de la puesta del Sol.



Desastre en las Colinas Santa Tecla, 2001.

—Usa el lente angular para esa toma. Fotografía con el telefoto ese grupo de cuerpos apuñados a tu izquierda— Natalia se hacía cargo de gestionar a su equipo de reporteros para documentar el deslizamiento que surgía desde lo alto de la falda del Volcán para luego abrirse hacia abajo como una muy larga lengua que se atragantaba con el casco urbano del pueblo como tratando de devorarlo.



19 de septiembre de 1982 un alud destruyó la colonia Montebello Poniente en San Salvador.

Ya en el campo de acción noticioso era difícil movilizarse, pues los caminos, las calles y las zonas urbanas, estaban, simplemente borradas, desaparecidas. Todo estaba cubierto por lodo, troncos enormes y toda clase de ripio. A medida que Natalia y los periodistas, registraban el deslice en medio de la neblina, está empezaba a mostrar las víctimas, una por una, escena por

escena. La muerte se empezaba a descubrir cubierta de barro, mostrando partes de cuerpos o dorsos diseccionados por la naturaleza. La muerte se descubría por todos lados.

Era una pesadilla desdoblándose gradualmente en tragedia. De un montículo de tierra surgía un brazo, un par de metros más adelante yacía un cuerpo sucio y desnudo con sus extremidades girando entorno al torso tal cual columna helicoidal. —Una pila de cuerpos que se muestra como una masa amorfa de carne grisácea. — Pensó Natalia, asustada a la visión de otra escena tenebrosa.

En ese momento los rescatistas gritaron a los periodistas, a Natalia y a sus compañeros, al mismo tiempo que agitaban los brazos para hacerse notar y mostrar algo más.

—Aquí, vengan aquí—y señalaban en dirección a un cuerpo cubierto de ripio que yacía con su parte frontal en el suelo, colocado inclinadamente encima de un pequeño, muy pequeño bulto.

Era la noticia y la fotografía periodística del momento, pero también era una gran tragedia en sí misma, una de las múltiples y peores de todas.

—¿Entiende lo qué sucedió? — gritaba el rescatista a Natalia y a los demás periodistas. —Era un hombre que murió protegiendo con su cuerpo, probablemente, a su hijita. La quiso salvar, pero resultó inútil.

£££££

…En medio de esta lúgubre oscuridad, tú puedes sentir el dolor y, más molesto aun, la putrefacción, impregnada en tus sentidos y en tu memoria. Los objetos que giran a tu alrededor, ahora se tornan en los rostros enlodados de las víctimas que tu convertiste en noticia.

—Natalia, has demostrado ser una mujer valiente, pero ¿serás lo suficientemente fuerte como para convivir el resto de tu vida con las almas que ahora rememoras?



Natalia, finalmente, abrió los ojos y se encuentra, ahora, cara a cara con las cavidades de un cráneo, blanqueado, burlesco que desde el fondo de sus orbitas vacías refleja la imagen de dolor y desesperación de aquel hombre que había muerto protegiendo a su criatura.

—¿Cómo es que semejante sacrificio no haya resultado útil, ni en lo más mínimo? — se preguntaba Natalia, al tiempo que, después de un gran esfuerzo, conseguía encontrar su vos para gritar con todos sus pulmones, abrir sus ojos de nuevo; era como atravesar dos veces una misma dimensión cada cual a su propio tiempo.

Cae, en ese momento la guadaña y la capucha del cráneo como cuando se cierra el telón.

Carlos Alfredo flores